

NOTA RESUMEN PARA LA BIBLIOGRAFÍA

Tusell, J. (1999) España una angustia nacional

Elena Ferri Fuentevilla. 3 de diciembre de 2009

Tusell, sitúa el nacimiento del nacionalismo con la aparición en el S. XIX de los Estado-nación, lo anterior a esta época es sólo muestra de un fenómeno cultural o de protonacionalismo. De este modo, el debate sobre la esencia de España y su pluralidad se ha caracterizado por un confucionismo debido al enredo terminológico que se le atribuye al Estado y a la nación, como si éstos fueran dos conceptos iguales. “Un Estado es una organización política y legal con el poder de exigir obediencia y lealtad por parte de los ciudadanos. Una nación, en cambio, es una comunidad humana cuyos miembros están unidos por un sentimiento de solidaridad, una cultura común y una conciencia nacional”. (p. 57)

Por otro lado, se ha intentado defender el concepto acuñado por Habermas de “patriotismo constitucional, basado en unos principios universalistas y democráticos, como si estos pudieran ser puestos en peligro por la idea misma de nación y sobre todo por los planteamientos de los nacionalistas. (p.11) Por tanto, la aceptación de derechos universales y democráticos no son contrarios ni inconexos con mantener una idea de España como nación.

Según Tusell, en España, no se ha prestado el suficiente interés, y “bien mirado, da la sensación de que el debate acerca de la Nación y el nacionalismo ha sido simplemente eludido”. (p.20) [Esto puede deberse a la influencia del franquismo, que una vez finalizado el régimen y a las puertas de la democracia, se quiso “enterrar” todo lo relacionado con ello]. Pero la nación no sólo se le ha prestado poca atención, “sino que ha sido terreno abonado para ese género de interpretaciones apriorísticas que no tienen en cuenta los hechos, sino que los integran en un esquema interpretativo que tiene poco que ver con ellos”. (p. 20) Tusell, a pesar de compartir ciertas ideas con Kedourie como que el peligro del nacionalismo consiste en la exaltación de una función omnipotente del Estado por el papel salvífico que se le atribuye respecto de la Nación, realiza una crítica a su teoría por entender que da una visión parcial del nacionalismo. Los marxistas o la izquierda también sufren algunas críticas al respecto, ya que no toman en cuenta “el factor cultural al que la sabiduría convencional atribuye la condición de factor identificativo de las naciones”. (p. 22)

Así, no hay por qué entender que la idea de nación está en desuso o ha desaparecido llegando a su fin, sino más bien la nación se muestra como un fenómeno cambiante “la idea de Nación retorna porque se transfigura y, hasta cierto punto, significa cosas distintas en tiempos sucesivos”. (p. 23)

Tanto para Gellner (el origen de la nación reside en el Estado) como para Anderson (comunidad imaginada) “las naciones son una anomalía, por lo que han tratado de evitar esta cuestión en vez de enfrentarse a ellas”. (p. 60) La definición de Anderson, según Tusell, se acerca más a una cierta protonación, que a la Nación propiamente dicha. Según Hroch, la nación no es una ficción, ni una fantasía. Detrás de ella existe una identidad previa y en la voluntad de crearla no existe nada planeado en su construcción. “El nacionalismo contemporáneo y el Estado-nación sólo aparecieron como secuela de la Revolución francesa, pero la identidad nacional, cultural o étnica es un fenómeno de «larga duración», aunque siempre susceptible a cambios parciales o globales”. (p. 61)

En cuanto a la división de los nacionalismos en étnicos y cívicos, para Tusell esta distinción no tiene mucho sentido, ya que en las diferentes naciones se encuentran características de ambos. “Todo nacionalismo tiene como sustento un factor étnico y siempre ha de pretender estar dotado de un elemento cívico, en el sentido de tener tras de sí a los ciudadanos (incluso los nacionalismos que no son democráticos)”. (p. 89)

A pesar de que la Nación tiene un fundamento político, hay otros aspectos como la industrialización que ayudan a su eclosión. Pero Tusell, a diferencia de Gellner, no sitúa en la industrialización la aparición del nacionalismo, es decir, una cosa no es consecuencia de la otra; sin embargo, le da un papel más decisivo a las redes de comunicaciones capaces de difundir una idea y una conciencia colectiva (Deutsch). “En definitiva, la Nación puede ser definida como un referente ideológico complejo y variable, nacido con las revoluciones liberales y convertido en instancia de legitimación del ejercicio del poder político en un ámbito territorial. (Beramendi)”. (p. 90)

Por otro lado, desde una perspectiva general define el nacionalismo como una doctrina que “supone predominio de los valores de la Nación o la preferencia por ellos en el campo de la política.” (p.122-123) Según Inkeles, el nacionalismo no tiene porqué estar sujeto a una única estructura política o a un carácter nacional, más bien, en el nacionalismo existe una similitud en los modos de enfocar la vida, aunque variable en el tiempo.

En definitiva, el nacionalismo español tuvo un grado de nacionalización débil hasta finales del S.XIX. En los comienzos de la contemporaneidad el sentimiento nacionalista comenzó a hacerse notorio, pero debido a las insuficiencias del Estado tuvo poca penetración en la sociedad. El hecho de que hubiera dos visiones (liberal y la nacional-católica) también dificultó el desarrollo del nacionalismo y dio lugar a la fragmentación de la identidad española; a su vez, en ninguna de las dos visiones – por diferentes motivos- hubo una auténtica apertura respecto a las crecientes manifestaciones de la pluralidad española. En el caso del nacionalcatolicismo es más evidente el motivo (unitarismo), en cambio, en el nacionalismo liberal la cuestión es menos clara.

Finalmente, otro de los temas que se aborda es la pluralidad que caracteriza a España. El autor refiere la necesidad de que “se cree un *patriotismo de la pluralidad* como elemento de solidaridad, producto de una nueva visión de España”. (p.232) Es necesario reconocer la diferencia y actuar en consecuencia bajo una actitud moral de respeto; sólo así quedarían desactivados los enfrentamientos entre nacionalismos periféricos y nacionalismo español. Y por otro lado, la necesidad de que el nacionalismo se convierta en *posconvencional* (o incluso posnacionalista), es decir, que se exista una proyección hacia el futuro. Dicho nacionalismo posconvencional debe ser autocrítico, abierto a la pluralidad de identidades, puede reconocer la idea de patria, pero no tiene inconvenientes en que sea más de una. Otra de las actitudes, más difícil de llevar a la práctica, es la asimetría. De hecho, en España se permite la descentralización pero se impide el reconocimiento de la misma. No obstante, en cuanto al contenido, Tusell cree que debe haber una orientación hacia fórmulas de federalismo plural o asimétrico, sin tener que modificar el texto constitucional.